

Dieciséis cartas del emperador Juliano

Introducción, traducción y notas de Javier Roca

INTRODUCCIÓN

1. *Juliano: una vida sembrada de cartas*

Juliano es el único emperador romano que nos ha dejado una abundante correspondencia. Si algo caracteriza el conjunto de cartas que nos ha legado es, por una parte, su variedad y, por otra, su “autenticidad”, en el sentido de que el emperador no escribió ninguna de sus múltiples epístolas por el mero placer de crear una obra literaria del género epistolográfico, sino que todas ellas responden a un fin de tipo real (que puede ser tan trivial como formular una invitación o expresar un agradecimiento o tan importante como establecer las normas que debían servir para la renovación del culto).

Por otra parte, su azarosa vida le hizo viajar por todo el imperio y mantenerse alejado de aquellos a quienes más apreciaba: este distanciamiento daba pie a una abundantísima correspondencia mediante la que el joven emperador-filósofo pretendía salvar de un salto miles de kilómetros y abrir su corazón a sus mejores amigos, a sus maestros jamás olvidados.

Dejaremos de lado por sobradamente conocida la biografía de este hombre extraordinario y apuntaremos algunas notas acerca de su carácter y personalidad. Que Juliano, a pesar de sus defectos, fue un hombre de categoría excepcional, salta a la vista: *vir profecto heroicis connumerandus ingeniis* le llamó Amiano (25, 4, 1). Sentía una aversión instintiva hacia todo lo deshonesto y no dudaba en abandonarse a cuanto le parecía bello y santo. Con todo, carecía de la serenidad de Marco Aurelio, al que trataba de imitar (Amiano, 16, 1, 4): durante toda su vida tuvo el alma en estado de guerra. Deseaba ardientemente ser humilde, pero la alta opinión que de sí mismo tenía y su sed de gloria (Am., 25, 4, 18) constituían obstáculos prácticamente insalvables para lograrlo.

Por otra parte, sus contactos con los neoplatónicos Edesio, Crisanto y con el taumaturgo Máximo desarrollaron en él esa conciencia de su misión divina que le caracteriza. Se hace iniciar en los misterios y siente una irreprimible tendencia al misticismo activo. La fuerza creadora del neoplatonismo le arrebató: no dudará, pues, en considerarse intérprete de esta doctrina, partiendo de una hermenéutica anacrónica, llena de elementos que le eran fundamentalmente extraños.

Ese neoplatonismo que domina el pensamiento de Juliano es el mismo que se introdujo en el cristianismo, que, apenas reconocido oficialmente, empezó a desarrollarse en el círculo vicioso del intelectualismo pagano. Su sistema de ideas teológicas se confundió con el neoplatónico: a pesar de la diferencia de religiones, los Gregorios y Baslios, salidos de las mismas escuelas que Juliano, Teomistio y Libanio, llevaban el mismo sello en su espíritu.

Juliano vivió en una época de renacimiento literario: a mediados del siglo iv pululan las escuelas, sobre todo en Oriente, y la segunda sofística conoce hombres de la talla de Libanio de Antioquía (nacido en el 314), Himerio de Prusa (n. hacia 310) y Temistio de Paflagonia (n. en 317): Juliano, algo más joven que todos ellos, que había sido iniciado en los estudios literarios desde su infancia por el obispo arriano Eusebio de Nicomedia, por el escita Mardonio, por el rétor Hecebolio y por el gramático laonio Nicocles, los tratará, se considerará su amigo y no se cansará de protegerlos. El hecho de que los tres fueran paganos no hace sino incrementar la simpatía que el emperador sentía por ellos.

Verdaderamente devorador de saber (*studiosus cognitionum omnium*, le llama Amiano en 25, 4, 7), devorará ardientemente la cultura arqueológica propia de la época, participando de todo corazón en el culto de los viejos ídolos Homero, Hesíodo, Píndaro, Esquilo, Platón y Aristóteles, sin los cuales solamente reinaría la *apaideusía*. La originalidad del pensamiento ha quedado completamente anulada y la imitación domina la vida literaria "escolar" del momento.

Este culto a los antiguos poetas y pensadores, en donde desde niño bebió todo su alimento moral y su iniciación filosófica de las manos de los ya citados Jámblico, Edesio, Crisanto y Máximo de Éfeso, le llevará a buscar en aquella esplendorosa Grecia clásica, cuyos rayos no se habían apagado todavía, una religión, una teología. Porque la antigüedad no llegó a una perfecta distinción entre arte y ciencia. De ahí su posición frente al cristianismo, magníficamente sintetizada en este párrafo de Rostagni:

"Convencido de que el Cristianismo, reconocido y exaltado por Constantino, no había mejorado las costumbres de la sociedad (ni de la dinastía imperial), sino que había minado la potencia del Imperio y del progreso civil, intentó abatirlo, sustituyéndolo por el politeísmo al que habían sido fieles Sócrates, Platón y todos los grandes de la antigüedad; del cual habían surgido una filosofía, una literatura y un arte sublimes; al cual, por fin, las visiones de los Misterios y las doctrinas teológicas del neoplatonismo dotaban de seducción religiosa y de una dignidad de construcción racional." ¹

Este es, pues, el perfil de este hombre que, durante sus noches de campaña en la Galia, robaba horas al sueño escribiendo, en elegante dialecto ático, a sus amigos de Oriente. Y su afición a la epistolografía crecía con el transcurso de los años: ni las fatigas de la guerra ni la enfermedad consiguieron detener su mano incansable. Solamente la muerte pudo con él.

Con la reacción cristiana sus cartas estuvieron dispersas, hasta que, durante el reinado del tolerante Joviano, Aristófanes de Corinto pidió la colaboración de Libanio para hacer una compilación de las cartas del emperador "apóstata". Ambos rogaron a los diversos corresponsales de Juliano que mandaran copia de las cartas recibidas para unirlas a la compilación. Parece ser que Eunapio y Amiano Marcelino conocieron un ejemplar de dicha recopilación.

Mientras los cristianos se ensañaban con la figura del desaparecido emperador, a quien Gregorio de Nacianzo, antiguo condiscípulo suyo en la escuela de Libanio, había llamado el "Apóstata" en sus *Invectivas*, los paganos ensalzan su figura y empiezan a "completar" su epistolario mediante poco hábiles falsificaciones.

En el siglo v el historiador pagano Zósimo declara que es relativamente fácil

conseguir ejemplares de dicha recopilación. También la citan Laurencio Lydo y Facundo de Hermiane. Y en los nacientes monasterios no faltan monjes de mentalidad lo suficientemente liberal para conservar los escritos del execrado emperador, aún a costa de eliminar los párrafos más “blasfemos”.

Durante toda la Edad Media los lexicógrafos bizantinos usaron fragmentos de Juliano para poner ejemplos de buen ático. Gracias a Suidas, por ejemplo, conocemos diez epístolas.

Las cartas de temas más banales (invitaciones, agradecimientos, felicitaciones) fueron editadas en florilegios en Bizancio para que sirvieran de modelo a la epistolografía oficial. Por ello son las que nos han llegado en más copias.

Las mejores cartas de Juliano aparecen en el ms. *Vossianus* (Leyde) del siglo XIII-XIV.

Nuestra traducción comprende 16 cartas extraídas de la edición del epistolario preparada, anotada y traducida por W. C. Wright para la *Loeb Classical Library* (Londres, 1923², 1961³). También hemos tenido en cuenta la edición de J. Bidez para la colección *Budé* (París, 1924).

2. El carácter del epistolario de Juliano

Si algo distingue la obra de Juliano de la de los demás prosistas en lengua griega paganos del siglo IV es el hecho de que, mientras los demás sofistas no tienen nada que decir y convierten sus escritos —discursos, cartas, etc.— en meros ejercicios de estilo, Juliano sí lo tiene. La literatura es su medio preferido para defender sus tesis. El último gran intelectual del Imperio pretende llevar a cabo su reforma religiosa a través de una serie de opúsculos que acompañen sus medidas legislativas: con ello reorganiza la religión pagana (sobre todo en sus dos grandes discursos *A la Madre de los Dioses* y *A Helios Rey*) y ataca a los cristianos (en su *Contra los Galileos*). Con ellos se burla de los que ridiculizaban la austeridad de su vida de filósofo (en el *Enemigo de la barba*) o pone en solfa, con rasgos aprendidos en la menipea cínica, a todos los emperadores romanos (en *La fiesta de las Saturnales*).

Esa riqueza de intereses, este carácter apasionado en sus afectos, directo y tajante en sus odios, nunca teñidos de rencor, siempre tratando de ser honesto consigo mismo, encuentra su medio de abrirse a los demás en la epistolografía. Su carácter comunicativo y entusiasta le lleva a querer hacer participar de todos sus pensamientos, de todos sus proyectos, a sus amigos. Por ello dedicaba muchas horas al día a la actividad epistolográfica. Nos cuenta Libanio: “en un solo día daba respuesta a numerosas embajadas, enviaba mensajes a las ciudades, a los generales del ejército, a los magistrados municipales, a los amigos que se iban, a los amigos que llegaban, hasta el punto de fatigar las manos de sus secretarios por la velocidad de su palabra” (*Orat.*, 18, 174).

Se ha dicho que el estilo es el hombre mismo. Ello puede aplicarse sin vacilar a las cartas de Juliano: todas las notas de su carácter aparecen vertidas en esos mensajes que envía a sus amigos y maestros. Tanto en sus epístolas familiares como en los decretos y despachos oficiales está presente el espíritu y la elocuencia del emperador. Respecto a la correspondencia oficial, se cuidaban en principio de ella los cuatro secretarios a que había dejado reducida la Can-

cillería Imperial. Al frente de la redacción de las cartas griegas había puesto a un hombre de prestigio: el retor Nimfidiano, hermano de su maestro Máximo.

Por lo que respecta a las cartas familiares, las dicta él mismo, cuando no las escribe de puño y letra (véase ep. n.º 5). El príncipe, que había pasado por las escuelas de retórica, había aprendido los preceptos del género epistolario, cuya técnica llegaron a desarrollar tanto los antiguos que distinguían cuarenta y un tipos de cartas, cada cual con sus reglas y sus modelos. Nos han llegado tres tratados que versan sobre este tema: el *Týpoi epistolíkoí* ("Clases de cartas") y el *Perí hermeneías* (que los latinos denominaban *Libellus de elocutione*), atribuidos ambos a Demetrio Falereo, discípulo de Teofrasto, si bien parecen bastante posteriores al siglo III a.C., y el tardío *Epistolimaíoi charaktères*, que unos atribuyen a Proclo platónico y otros al sofista Libanio. De todos ellos podemos extraer una serie de reglas a las que debía acomodarse el que iba a escribir una carta:

- 1) La carta debe concebirse como un diálogo con un ausente. (*Peri herm.*, 223.)
- 2) En la carta debe reflejarse el carácter del que la escribe. (*Peri herm.*, 227.)
- 3) No todo tema es adecuado para tratarse en carta. (*Peri herm.*, 230.)
- 4) Hay que buscar la brevedad. (*Peri herm.*, 228; *Epist. char.*)
- 5) Hay que ser claro y llamar a las cosas por su nombre. (*Peri herm.*, 229; *Epist. char.*)
- 6) Conviene adornar la carta con un ático mesurado, evitando los excesos de tipo rimbombante y farragoso. (*Epist. char.*)
- 7) La carta debe aderezarse con citas de leyendas, proverbios, poesía, etc.

Juliano tiene en cuenta todos estos preceptos: observemos la frecuencia con que cita a los poetas, en especial a Homero y a los trágicos, o recoge proverbios. También tiene en cuenta el precepto de que no todo tema es adecuado para ser tratado por carta, recogido por el Pseudo-Demetrio, cuando le dice a Máximo: "tal vez son cosas más para ser dichas que para ser escritas" (ep. n.º 4). Con todo, el emperador no escribe como un epistolista de profesión. Su vivacidad de sentimientos, su sinceridad de pensamiento, su seriedad de intención dan un colorido y una naturalidad al estilo que nos permiten descubrir al hombre que hay detrás.

Las cartas se distinguen por su enorme variedad formal: ninguna de ellas se ciñe a un determinado tipo de los enunciados por los preceptistas: la invitación y la narración van unidas en la carta a Máximo (ep. n.º 4), el agradecimiento y el suave reproche se dan la mano en la epístola a Teodora (ep. n.º 13), etc. En cuanto a su estructura, presentan también una asombrosa variedad: unas empiezan "ex abrupto" (ep. n.º 2, 8), otras por una cita, al modo de los rétores (ep. n.º 3, 10); a veces acaban sin cumplimientos; en otras ocasiones, busca y utiliza diversas fórmulas que tienen, en algunas cartas, el tono ingenioso y conciso del último verso de un epigrama.

En muchas cartas trata a su corresponsal como a un amigo, en otras, usa títulos ceremoniosos (que son la regla en san Juan Crisóstomo). En cuanto al

lenguaje, busca la corrección aticista, recurriendo generalmente a perifrasis para sortear formas de expresión vulgares. A veces, sin embargo, prescinde de sus escrúpulos y se expresa en términos usuales y técnicos. Pero, por encima de todo, hay una vivacidad prodigiosa, hija de una impresionabilidad, una rapidez mental y una perspicacia privilegiadas que, en ocasiones, adquieren tonos de exaltado entusiasmo.

Cuando recurre a los giros ingeniosos de la retórica para presentar de forma agradable cualquier bagatela, tiene la impresión de que su pensamiento se viste de prestado y pide perdón por ello. En cambio, no se excusa jamás de expresarse con simplicidad. Si Libanio, por ejemplo, pierde con frecuencia de vista a su corresponsal pensando en deleitar a un auditorio más amplio, Juliano es un hombre de acción que no se abandona a los refinamientos de lenguaje. En cambio, se deja arrastrar a veces por una locuacidad desbordante o, como dice Amiano, "deja correr demasiado su lengua" (25, 4, 17).

Los virtuosos de la epistolografía de la época (Libanio, Gregorio de Nacianzo) se esforzaban en reducir un pasaje a algunas líneas, enigmáticas por lo concisas. Juliano, por el contrario, reconoce que es más charlatán que una cigarra y se reprocha sus "excursus".

Y todo ello se ve aderezado con apóstrofes, invocaciones a los dioses, confesiones inesperadas e ingenuas, hijas de su desbordante espontaneidad y, a veces, con amargas decepciones. En fin, como ha dicho J. Bidez,² en el epistolario de Juliano "on y voit s'exprimer tour à tour les esperances et les desillusions du dernier défenseur qui s'acharna à prolonger la résistance du paganisme".

2. *L'empereur Julien, Lettres et fragments*, edición de J. Bidez, col. Budé, París, 1924, p. VII.

I (8, Bidez; 3, Wright)

*A Eumenio y Fariano*¹

Si alguien os ha convencido de que existe algo más agradable o provechoso para los hombres que filosofar en el ocio, lejos de las preocupaciones, se engaña y trata de engañaros. Pero si todavía perdura en vosotros el celo de otros días y no se ha apagado prematuramente como una llama brillante, téngoos por felices. Han pasado ya cuatro años y casi tres meses desde que nos separamos. Me gustaría conocer lo que habéis progresado en este tiempo. En cuanto a mí, es asombroso que sepa hablar en griego: ¡hasta tal punto nos han barbarizado los países recorridos!² No desdeñéis las composiciones breves³ ni dejéis de lado la retórica ni la lectura de los poetas. Poned diligencia mayor todavía en el estudio de las ciencias, y sea objeto fundamental de toda vuestra labor el conocimiento de las doctrinas de Aristóteles y Platón. Sea éste vuestro trabajo; sea ésta la base, los cimientos, el edificio, el techo. Lo demás es accesorio, si bien vosotros lo lleváis a cabo con mayor celo del que muchos ponen en labores realmente importantes. Pongo por testigo a la Justicia divina de que es porque os quiero como hermanos que os doy estos consejos: fuisteis mis condiscípulos y mis amigos. Si los seguís, todavía os querré más; si veo que no lo hacéis, me entristeceré. Y un dolor continuado suele acabar de una forma que no quiero decir, en espera de un mejor augurio.

2 (12, Bidez; 2, Wright)

*A Prisco*⁴

Respecto al propósito de tu bondad de venir a visitarme, si es que lo tienes, debes tomar ahora tu decisión, con la ayuda de los dioses, y apresurarte; pues podría ocurrir que más tarde yo no dispusiera de tiempo. Búscame cuanto Jámblico ha escrito sobre su⁵ homónimo. Sólo tú puedes hacerlo, porque el yerno de tu hermana tiene una buena edición revisada. Si no me equivoco, mientras estaba escribiendo esto, he tenido una señal maravillosa.⁶

Te lo ruego: evita que los seguidores de Teodoro⁷ te ensordezcan dicién-

1. Condiscípulos de Juliano de los que no se sabe nada en absoluto.

2. Juliano, como buen sofista, sólo reconocía la existencia de una cultura: la griega. Nada significaban, pues, para él la literatura latina ni la cultura de las Galias.

3. Juliano usa la palabra λογιστικόν, por la que se entendía un pequeño trabajo en prosa, bien de carácter oratorio, bien narrativo.

4. Prisco era un filósofo, pontífice del neoplatonismo, que impresionaba al joven Juliano por el tono oracular de sus palabras.

5. Seguimos la lectura de Wright: τὸν δμῶνιμον. Se refiere probablemente al Jámblico más joven. Bidez, en cambio, prefiere δμῶνιμον μου, para apoyar su teoría de que el escritor se refería a Juliano el Teurgo o Caldeo, cuya existencia conocemos a través de Suidas.

6. Tal vez una convulsión espasmódica del cuerpo, a las que parece que Juliano estaba sujeto.

7. Neoplatónico rival de Jámblico.

dote que Jámblico, el maestro divino de verdad, que sigue en importancia a Pitágoras y a Platón, fue un ambicioso. Y si te parece audacia que te exponga claramente mi propia opinión, no está fuera de razón que me excuses, como se excusa a los que se ven arrastrados por un divino frenesí. Tú admiras⁸ a Jámblico en filosofía y a su homónimo en teosofía. Y yo también pienso, como Apolodoro,⁹ que los demás no cuentan.

Acerca de los compendios de Aristóteles que has redactado te diré lo siguiente: me has convertido en tu discípulo, aunque sea indigno de este título. El Tirio, a pesar de haber compuesto bastantes libros, sólo consiguió recoger unos pocos elementos de la lógica,¹⁰ y tú, con un solo libro sobre filosofía aristotélica, quizás has hecho de mí un bacante y no un simple "nartecóforo".¹¹ ¿Que si digo la verdad? Ven a verme y cuanto hice a ratos perdidos durante el invierno te convencerá.

3 (14, Bidez; 4, Wright)

*Juliano a Oribasio*¹²

Dice el divino Homero que hay dos puertas de sueños,¹³ y que no hay que confiar en todos de forma igual respecto a lo que anuncian. Pero pienso que, al menos por esta vez, has visto el futuro claramente. Porque yo he tenido una visión semejante. Me pareció que un árbol muy alto, plantado en una gran habitación, se inclinaba hacia el suelo y de sus raíces se elevaba otro brote, pequeño y tierno todavía, pero lleno de flores. Yo sufría por la planta pequeña: no fuera alguien a arrancarla con la grande. Y cuando me acerqué, vi que la planta grande estaba extendida sobre la tierra, mientras que la pequeña seguí en pie, elevándose del suelo. Al observarlo, hízome exclamar mi ansiedad: "¡Pobre árbol! Ni su retoño va a salvarse". Y un desconocido¹⁴ me dijo: "Míralo bien y ten confianza: si la raíz permanece en la tierra, el pequeño seguirá libre de peligro

8. Recogemos la conjetura μέμνησας de Weil, aceptada por Wright, frente al μενοιῶν de Bidez, con el que el francés refuerza la idea de que se trata del homónimo de Juliano. El ms. da μενοιῶν.

9. El discípulo fanático de Sócrates (Platón, *Banquete*, 173 D).

10. El texto del ms. está muy corrupto. Seguimos la reconstrucción de Bidez, que en dicho Tirio ve al neoplatónico Porfirio de Tiro. Frente a ello Wright recoge en su texto y en su traducción la idea de que se trata de Máximo de Tiro y de que fueron *sets* los libros que compuso sobre el Estagirita: εἶχε *Cumont*, εἶς *Wright*.

11. Es decir, un iniciado y no un simple aspirante a serlo.

12. Oribasio era un médico pagano amigo de Juliano, con el que estuvo en las Galias y en

Antioquía. Junto con Galeno, fue el escritor de temas médicos más importante del período greco-romano. Cediendo a la petición de Juliano compiló un epitome de las obras de Galeno, que luego aumentó hasta concluir una enciclopedia en 70 libros (*Ἱατρικαὶ συναγωγαί*) de la que nos ha llegado menos de la mitad. Muerto Juliano, fue exilado a la tierra "de los bárbaros más salvajes" —según cuenta Eunapio—, entre los que gozó de gran predicamento por sus maravillosas curaciones. Pronto se le permitió volver y recobrar su fortuna y posición. Suidas nos dice que nació en Sardes, mientras que Eunapio, que parece mejor informado, se inclina por Pérgamo. Su hijo Eustacio era cristiano y amigo de San Basilio.

13. *Odisea*, 19, 562.

14. Probablemente Hermes, al que Juliano tenía por su guía.

y no hará sino robustecerse". Sueño cosas como ésta, que la divinidad sabe a dónde conducen.

Por lo que respecta a este infame andrógino,¹⁵ me gustaría saber cuándo dijo esto de mí, si antes de encontrarme o después. Infórmame de todo lo que puedas.

En cuanto a mis relaciones con él,¹⁶ saben los dioses¹⁷ cuántas veces, a pesar de que cometía injusticias contra los provinciales, guardé silencio a expensas de mi dignidad, sin prestar oídos a determinadas cosas ni acoger otras, mostrándome incrédulo a veces, o desviando la responsabilidad a los que le rodeaban. Pero cuando pretendió involucrarme en un asunto tan escandaloso, enviándome una memoria infamante y vergonzosa para que la firmara,¹⁸ ¿qué podía hacer yo? ¿Callar o aprestarme a la lucha? Pienso que lo primero hubiera sido necio, servil y odioso a los dioses, y lo segundo, en cambio, justo, varonil y generoso, pero imposible porque las circunstancias lo impedían. ¿Qué hacer, entonces? Ante muchos que yo sabía se lo iban a contar, dije: "Seguro que ese canalla corregirá sus memoriales: son demasiado vergonzosos". Habiendo oído lo que yo había dicho, no se impuso reserva alguna y actuó, Dios es testigo de ello, con una desmesura a la que ningún tirano ha osado todavía, a pesar de que yo estaba cerca. ¿Qué podía hacer entonces un fiel seguidor del pensamiento de Platón y de Aristóteles? ¿Pasar por alto el hecho de que unos infelices fuesen entregados a unos truhanes o defenderlos según mis posibilidades, cuando, pienso yo, proferían ya el canto del cisne a causa de la impía conducta de esta gente? Por lo que a mí respecta, me creería deshonrado sí, castigando a los tribunos culpables de desertión —que deben, en efecto, ser condenados a muerte y a no recibir sepultura—, desertara yo de mi defensa de los desgraciados, cuando debo protegerlos frente a esos infames, con más razón cuando el dios que me puso en este lugar lucha a mi lado. Y en caso de que me tocara sufrir, no iba a ser pequeño consuelo a la hora de la muerte el haber obrado con la conciencia limpia. ¡Ojalá los dioses me permitan conservar al virtuoso Salustio!¹⁹ Y si de esto se sigue que reciba a su sucesor, tal vez ello no me aflija. Más vale obrar bien durante un corto tiempo que mal durante mucho. La doctrina peripatética no es, como muchos afirman, menos noble que la de los estoicos. Pienso que sólo en esto se diferencian: ésta es más exaltada e impulsiva, la otra exige que se persevere en las decisiones de forma juiciosa.

15. Creemos que se refiere al eunuco Eusebio, cuyas intrigas contra Juliano aparecen mencionadas en la *Carta a los Atenienses*, 274.

16. A pesar de lo abrupto de la transición pensamos que debe entenderse —como hace Wright— que Juliano pasa a referirse a Florencio, prefecto de las Galias del 357 al 360 y cónsul en el 361, que se hallaba en Vienne en aquel momento. Puede hallarse la narración de la opresión que hacía sufrir a la provincia en

Amiano, 17, 3, 2 y en Juliano, *Carta a los Atenienses*, 282 C.

17. Aceptamos el οἱ θεοὶ suplido por Hercher.

18. Juliano rehusó firmar la orden del prefecto instituyendo nuevos impuestos: véase Amiano, 17, 3, 5.

19. Salustio Secundo, secretario, colaborador y amigo de Juliano, autor del tratado *Acerca de los dioses y del mundo*.

EPÍSTOLAS ESCRITAS DESDE ILIRIA Y CONSTANTINOPLA

4 (26, Bidez; 8, Wright)

A Máximo, filósofo²⁰

Todos mis pensamientos se me echan encima y me cortan la voz, cerrándose el paso el uno al otro. ¿Se trata de un sufrimiento anímico? Llámale como quieras. Pero expongamos los acontecimientos en el orden que el tiempo les ha asignado y demos gracias a los dioses bondadosos, que me han dejado escribirte, y que tal vez permitan que nos veamos. Me he convertido en Emperador —en contra de mi voluntad, bien lo saben los dioses, y esto lo he manifestado cuanto he podido— y he estado en campaña contra los bárbaros durante tres meses.²¹ Al regresar a la costa de las Galias, indagué y pregunté a los que venían si había desembarcado algún filósofo o algún estudioso, vestido con un capote o con un manto fino. Llegué a Besontio,²² pequeña ciudad recién restaurada, en otro tiempo grande y adornada de hermosos templos; la defiende un muro, así como su situación, pues la rodean las aguas del río Dubis²³ y se levanta como un promontorio rocoso en el mar, inaccesible, me atrevería a decir, a las mismas aves, excepto por donde el río, al rodearla, ha dejado una playa arenosa. Cerca de esta ciudad encontré a un cínico con su capote y su bastón. Al verle de lejos pensé que no podía ser otro que tú. Observándole más de cerca, pensé que de seguro venía de tu parte. Reconocí en él a un amigo, pero inferior a lo que esperaba. ¡Tal fue la ilusión que se apoderó de mí! Luego pensé que mis asuntos debían de haberte ocupado tanto que habían hecho imposible que te encontrase fuera de Grecia. Sean mis testigos Zeus, el gran Helios, la poderosa Atenea y todos los dioses y diosas de que, al marchar del país de los celtas a Iliria,²⁴ temía por ti e interrogaba a los dioses; yo mismo no me atrevía, pues no hubiera soportado ver ni oír nada de cuanto se suponía podía haberte pasado en este tiempo, pero usaba de otros. Los dioses manifestaron claramente que había problemas a tu alrededor, si bien nada terrible, y sin que ninguno de los proyectos infames llegara a convertirse en realidad.²⁵

Ya ves que omito muchos acontecimientos importantes que, sin duda, querrás conocer. Conviene, en primer lugar, que sepas cómo nos hemos dado cuenta de la presencia de los dioses, cómo hemos huido de multitud de asechanzas sin matar y sin expoliar a nadie, encarcelando sólo a los que cogíamos en flagrante delito. Aunque éstas son cosas más para ser dichas que para ser escritas, pienso que te complacerá mucho enterarte de ello. Adoramos a los dioses abiertamente y el ejército que tengo a mis órdenes es muy piadoso. Inmolamos bueyes públi-

20. Máximo de Éfeso, cuya vida nos cuenta Eunapio (*Vidas*, pp. 431-461, 543-545, Wright) era un filósofo neoplatónico y taumaturgo que llegó a adquirir gran ascendiente sobre el joven Juliano. Parece ser que le inició en los misterios de Mitra. Le acompañó en su expedición a Persia y asistió a su muerte. Desaparecido su protector pagano, su fortuna sufrió altibajos, hasta que fue ejecutado en Éfeso en el 371 bajo la

acusación de haber conspirado contra el emperador Valente.

21. Cuando volvió a cruzar el Rin en el 360. Véase Amiano, 20, 10.

22. La actual Besançon.

23. El Doubs.

24. Véase Amiano, 21, 7, y Zósimo, 3, 10.

25. Los amigos de Juliano que vivían en el este del Imperio se vieron en peligro cuando éste se enemistó con Constancio.

camente; hemos dado gracias a los dioses mediante muchas hecatombes. Los dioses me ordenan purificarlo todo según la medida de mis fuerzas y los obedezco celosamente. Dicen que recompensarán con largueza nuestros esfuerzos, si no flaqueamos. Evagrio²⁶ ha venido a nosotros... del dios que honramos...

Todavía se me ocurren otras cosas, pero conviene conservar alguna para el día que estés a mi lado. Ven lo antes posible, por los dioses; toma dos coches de la posta o los que hagan falta. Te envío a dos de mis más fieles servidores, uno de los cuales te acompañará hasta el campamento, el otro vendrá a anunciarme que ya has llegado. Di tú mismo a los jóvenes cuál quieres para cada misión.

5 (28, Bidez; 9, Wright)

*Juliano a su tío Juliano*²⁷

Acaba de empezar la tercera hora de la noche, no tengo escriba a mi disposición y es con gran fatiga que te escribo. Estoy vivo, gracias a los dioses, y me veo libre de la necesidad de sufrir o hacer lo irremediable.²⁸ El Sol, al que he suplicado más que a los demás dioses que me ayudara, y Zeus son testigos: nunca deseé matar a Constancio, sino todo lo contrario. ¿Por qué he venido, pues? Porque los dioses me lo han ordenado, prometiéndome la salvación si les obedecía y si me mantenía, ¡lo que ojalá ninguno de ellos hubiese hecho! Al declararme su enemigo sólo pensaba darle temor y llevar las cosas a un más favorable entendimiento; y si debía decidirse el asunto mediante una batalla, poniéndolo todo en manos de la Fortuna y de los dioses, pensaba someterme a la decisión de su clemencia.

6 (46, Bidez; 15, Wright)

*Juliano al (obispo) Aecio*²⁹

He levantado las penas a cuantos exiló Constancio, de feliz memoria,³⁰ a causa de la locura de los galileos.³¹ Pero, por lo que a ti respecta, no basta con esto. Recordando nuestra vieja amistad e intimidad, te exhorto a que vengas a reunirme con nosotros. Para llegar a mi corte te servirás de un coche de la posta pública y de un caballo de refuerzo.

26. Rétor, amigo de Juliano. El emperador le regaló una pequeña finca en Bitinia.

27. Juliano, tío del emperador Juliano, era hermano de su madre Basilina. Después de la muerte de Constancio fue persuadido por su sobrino para que abandonara el Cristianismo y se aplicara a la restauración de la religión helénica, ocupación a la que se entregó con tal celo que se hizo odioso a los cristianos, especialmente a los del este del Imperio. Residió como *Comes Orientis* (Conde del Este) en Antioquía, en la que murió de dolorosa enfermedad durante la estancia de Juliano en dicha ciudad (362-363).

28. Proverbio. La repentina muerte de Constancio había simplificado la carrera de Juliano.

29. Aecio de Antioquía, apodado el "Ateo" por sus enemigos cristianos, era el fundador de una secta arriana llamada *anomea*, porque sus miembros mantenían que "la sustancia del Hijo no es semejante a la del Padre". Fue director espiritual de Galo, hermano de Juliano, y, tras la muerte de aquél, fue exilado a Frigia por Constancio (a finales del 354). Juliano lo llamó de su exilio y le regaló una finca en Lesbos. En tiempos de Valente fue nombrado obispo.

30. En griego *μαχορίτης*, término de respeto aplicado a los muertos.

31. Juliano se burló siempre de las disputas de los arrianos con las demás sectas de la Iglesia.

7 (58, Bidez; 17, Wright)

*A Zenón, arquiatra*³²

Muchas pruebas atestiguan no sólo el lugar preeminente que ocupas en el arte médico, sino también tu honestidad y la prudencia de tu conducta, comparables a tu dominio de la profesión. Pero hoy se ha producido el más importante de los testimonios en tu favor: a pesar de estar ausente haces que toda la ciudad de los Alejandrinos esté pendiente de ti. ¡Tal dolor les has dejado, como la abeja deja su aguijón! ¿Acaso no decía ya Homero, pienso que muy juiciosamente, que "un médico vale por sí solo muchos hombres"?³³

Y tú no eres un simple médico, sino un maestro para los que quieren estudiar este arte, y lo que los médicos son para la gente, lo eres tú para ellos. La misma causa que motivó tu exilio lo hace cesar y con gran gloria, porque si por culpa de Jorge³⁴ tuviste que alejarte de Alejandría, fue un exilio injusto y tu regreso es también de justicia. Vuelve, pues, rehabilitado y con el rango que tenías. En cuanto a mí, recibiré un doble agradecimiento: el de los Alejandrinos, porque les devuelvo a Zenón y el tuyo, porque te devuelvo a Alejandría.

8 (60, Bidez; 21, Wright)

*El Emperador César Juliano Magno Augusto
al pueblo de los Alejandrinos*³⁵

Si no respetáis a vuestro fundador Alejandro, y, todavía más que a él, al grande y sacratísimo Sarapis, ¿cómo no habéis hecho ningún caso del bien público, ni de la humanidad ni de las conveniencias, y añadiría que tampoco de mí mismo, a quien los dioses, y especialmente el gran Sarapis, concedieron el derecho de regir el mundo, y a quien debierais dejar el cuidado de juzgar a vuestros opresores? Tal vez os arrastraron la ira y la rabia, que suelen "cometer cosas terribles tras expulsar a la razón".³⁶ Tras reprimir vuestro primer impulso, echasteis a perder luego, con vuestro desprecio a las leyes, la sabia decisión que habíais adoptado en un primer momento y no os avergonzasteis, como pueblo, de intentar los mismos hechos que os hacían odiosos a vuestros

32. Wright piensa que se trata del médico y profesor de medicina que ejercía en Alejandría al que Libanio en su carta 171 (359-360 d. C.) consuela en su exilio, decretado por el obispo Jorge de Capadocia por causas desconocidas. En cambio, Cumont indentifica a este Zenón de Alejandría con otro profesor de medicina famoso: Zenón de Chipre, "iatrosófista" cuya vida nos relata Eunapio (*Vidas*, p. 336, 529-531, Wright). Pero Eunapio no nos dice que dicho Zenón ejerciera en Alejandría.

33. *Ilíada*, 11, 514.

34. El obispo Jorge había perecido, víctima

de la multitud, el 24 de diciembre del 361 (véase carta 8.*).

35. El obispo Jorge de Capadocia, respaldado por Constancio, persiguió duramente a los ciudadanos de Alejandría que permanecían fieles a los antiguos cultos. A la muerte de Constancio, el pueblo alejandrino lo mató y quemó su cadáver. Juliano escribe esta carta a la ciudad, reprochándole lo que ha llevado a cabo.

36. Plutarco, *Sobre la contención de la ira*, 453. En realidad, se trata de una cita del poeta trágico Melantio.

perseguidores.³⁷ Decidme, por Sarapis: ¿por qué injusticias odiabais a Jorge? Me diréis que porque excitó a Constancio, de feliz memoria, contra vosotros, y porque, además, introdujo las tropas en el recinto sagrado, y porque el general de Egipto,³⁸ al ocupar el sacratísimo templo del dios, lo despojó de las imágenes, las ofrendas y los ornamentos. Además, como que os indignasteis con razón e intentasteis proteger al dios, o mejor, los tesoros del dios, se atrevió a lanzar contra vosotros a sus soldados, injusta, ilegal e impiamente, obrando, probablemente, más por miedo a Jorge que a Constancio, ya que el obispo le vigilaba porque os trataba desde hacía tiempo moderadamente y de acuerdo con la constitución, y no de manera tiránica.

Furiosos por todo ello contra Jorge, enemigo de los dioses, profanasteis una vez más la ciudad sagrada, cuando podíais dejar al culpable a merced del voto de los jueces. Así no hubiera habido asesinato ni crimen y el regular curso de la justicia, poniéndoos al abrigo de cualquier reproche, hubiera castigado al autor de estos imperdonables sacrilegios y dado una lección a cuantos desprecian a los dioses y no tienen en nada ciudades como ésta y pueblos florecientes, sino que, despreciando su poderío, los abruman con su crueldad.

Comparad esta carta con la que os había enviado antes y notad la diferencia. ¡Cómo os elogiaba entonces! Ahora, aunque, por los dioses, quisiera alabaros, no puedo por culpa de vuestra falta. ¡Un pueblo se atreve a destrozar a un hombre, como los perros a un lobo, y encima no se avergüenza de presentar a los dioses unas manos ensangrentadas! “Pero Jorge merecía el castigo que recibió.” Sí, y pienso que otro peor y más cruel aún. “Por nuestra causa”, diréis tal vez. Estoy de acuerdo. Pero si decís: “De vuestras propias manos”, no lo apruebo. Tenéis leyes que cada cual debe honrar y amar. Y si ocurre de vez en cuando que alguno las infringe, la comunidad debe conservar la legalidad y observarla y no transgredir las instituciones sabiamente establecidas desde un principio.

Habéis tenido suerte, Alejandrinos, de haberos hechos reos de un crimen tal durante mi reinado. Pues, por veneración al dios y por consideración a mi tío y homónimo,³⁹ que gobierna Egipto y vuestra ciudad, tengo para con vosotros un paternal aprecio. Estad seguros de que una autoridad celosa de su prestigio, un gobierno severo y rígido, no cerraría los ojos ante las faltas de un pueblo desvergonzado, sino que curaría una penosa enfermedad con un remedio más duro todavía. Pero yo, por las causas de que ya os he hablado, prefiero usar un tratamiento más suave: una exhortación y unos razonamientos. No creo que nada surta mejor efecto en vosotros, si, como he oído decir, sois griegos de viejo abolengo y este timbre de gloria ha dejado sus rasgos hasta el día de hoy en vuestro espíritu y costumbres.

Entregad esto a mis ciudadanos de Alejandría.

37. Traducimos la narración que nos hace Amiano (22, 11, 10) de la muerte del obispo:

“Apenas anunciaron los magistrados del pueblo la muerte de Constancio y el advenimiento de Juliano al imperio, los paganos de Alejandría se amotinaron contra Jorge. Lo asaltaron gritando con la intención de matarlo al momento. Luego, recuperados de su primer furor, se con-

tentaron con meterlo en prisión. Pero poco tiempo después se precipitaron a la mazmorra en que estaba encerrado, lo mataron, pasaron su cadáver a lomos de un camello y lo quemaron.”

38. Artemio, prefecto militar de Egipto; fue ejecutado por Juliano a petición de los alejandrinos en verano del 362 (Amiano, 22, 11).

39. Juliano, tío del emperador. Véase la carta 6.ª.

9 (61, Bidez; 36, Wright)

*Restos del edicto sobre la educación*⁴⁰

Una educación correcta no se basa, a nuestro modo de ver, en la lujosa armonía de las palabras, sino en la buena disposición de un juicio razonable y en la justeza de las opiniones acerca del bien y del mal, lo honorable y lo vergonzoso. El que piensa una cosa y enseña otra a sus alumnos me parece que está tan lejos de la auténtica educación como de la honradez. Si lengua y pensamiento no estuvieran de acuerdo en las cosas de poca importancia, sería un mal, pero tolerable hasta cierto punto. Por el contrario, enseñar en materias de importancia lo contrario de lo que se cree, ¿no es acaso hacer de traficante y no de persona honrada? ¿No supone vivir como esas gentes miserables que recomiendan más lo que tienen en menos, engañando y halagando con sus elogios a los que quieren endosar, pienso yo, sus malas mercancías?

Convendría que todos los que enseñan algo, sea lo que sea, fueran probados honestos de carácter y que no guardaran en sus almas opiniones irreconciliables con lo que públicamente profesan; éstos debieran ser, más que los otros, a mi modo de ver, los que diesen a los jóvenes lecciones de literatura, haciéndose intérpretes de los escritores antiguos, sea como rétores, sea como gramáticos, sea, sobre todo, como sofistas. Estos últimos, entre otras cosas, no quieren limitarse a ser profesores de elocuencia, sino también de moral, y pretenden tener como especialidad la filosofía política.

¿Es verdad o no? De momento voy a dejar este punto. Les alabo porque aspiran a una profesión tan hermosa, pero les alabaría más si no diesen prueba de que enseñan a sus discípulos lo contrario de lo que piensan. ¿Y qué? ¿Acaso no eran los dioses para Homero, Hesíodo, Demóstenes, Heródoto, Tucídides, Isócrates y Lisias, los guías de toda educación? ¿No se creían unos consagrados a Hermes y otros a las Musas? Pienso que es absurdo que el que comenta sus obras desprecie a los dioses que ellos honraban. Con todo, y aunque me parece absurda esta inconsecuencia, yo no exijo de los educadores de la juventud que cambien de opinión y luego eduquen a los jóvenes, no, sino que les dejen elegir:

40. Se trata de uno de los textos más famosos del emperador Juliano: el edicto *De Professoribus*. Nos ha llegado repartido entre dos textos: una constitución datada en el 17 de junio del 362 (incluida en el *Codex Theodosianus*, XIII, 3, 5), que somete a la aprobación de los consejos municipales y a la del emperador los nombramientos de profesores, y un texto griego, transmitido por la tradición epistolaria, desgraciadamente sin encabezamiento y muy mutilado, que se suele considerar una carta dirigida a los profesores cristianos de Oriente, a los que exige pruebas de moralidad.

Este decreto responde a un fenómeno intelectual propio del cristianismo del siglo cuarto: una serie de intelectuales cristianos tratan de conjugar la dogmática del evangelio y de la tradición judaica con la herencia del mundo clásico. Par-

ten de la idea, enunciada por San Basilio en su opúsculo *A los jóvenes sobre la manera de extraer provecho de la literatura pagana*, de que la luz de Dios ha sido dada a todos los hombres, en cuanto que todos dependen de él. Ahora bien, a determinadas personas ha querido Dios manifestarse personalmente (al pueblo hebreo, a los cristianos), pero a otros se les ha mostrado de forma indirecta. Con todo, incluso en los escritos de estos últimos es posible descubrirle, de la misma manera que es posible ver el sol reflejado en las aguas de los lagos. Basilio preconiza una antología de textos paganos explicados de forma cristiana (ya se está abriendo el camino que conducirá a los "Ovidios moralizados" de la Edad Media): ésta es la actitud que ataca el Emperador al prohibir que los cristianos expliquen a los autores clásicos.

que dejen de enseñar lo que no se toman en serio, o bien, si quieren continuar sus clases, que enseñen con el ejemplo y que persuadan a sus discípulos de que ni Homero, ni Hesíodo, ni ninguno de los que explican... tras haberle acusado de impiedad, de locura y de error respectó a los dioses. Como sea que viven de los escritos de estos autores, de los que sacan sus honorarios, confesarán que su ambición es desvergonzada y que, por pocos dracmas, son capaces de todo.

Hasta hoy muchas causas impedían frecuentar los templos y el miedo extendido por todas partes hacía excusable que se ocultaran las opiniones más verdaderas respecto a los dioses. Pero ahora que los dioses mismos nos han dado la libertad me parece absurdo que la gente explique aquello que no cree sea bueno. Si tienen por sabios a los que interpretan como si fueran sus profetas, que empiecen por imitar su piedad para con los dioses. Si, en cambio, se figuran que están equivocados en lo que toca a los seres más venerados, que vayan a la iglesia de los galileos a comentar a Mateo y Lucas...

Vuestra ley prohíbe comer la carne de las víctimas. Yo quiero que vuestros oídos y vuestra lengua estén regenerados, como vosotros diríais... (al abstenerse), de aquello en lo que me gusta participar siempre, junto con los que piensan y hacen lo que yo amo.

Para profesores y maestros ésta es la ley común. Pero yo no prohíbo la entrada en las escuelas a los jóvenes que quieran frecuentarlas. Pues no sería natural ni lógico cerrar el buen camino a los niños que no saben todavía a dónde encaminarse, y ello por miedo a hacerles seguir las creencias de nuestros antepasados en contra de su voluntad. A pesar de que sería justo, como se hace con los locos, curarles así, incluso en contra de su parecer: a pesar de lo cual concedemos indulgencia a todos los que sufren tal enfermedad, porque, en mi opinión, lo que hay que hacer con los insensatos es enseñarles, y no castigarles.

EPÍSTOLAS ESCRITAS DESDE ASIA MENOR

10 (81, Bidez; 42, Wright)

Juliano a Calixena, Sacerdotisa de la Madre de los dioses ⁴¹

“Sólo el tiempo nos muestra al hombre justo”,⁴² como hemos aprendido de los antiguos; y yo añadiría que también pone de manifiesto al hombre piadoso y amante de los dioses. Pero dirán que probó también el amor de Penélope hacia su esposo. Y sin embargo, ¿quién pondría en la mujer el amor a los dioses en segundo lugar, tras el amor al marido, sin poner de relieve que había bebido demasiada mandrágora?⁴³ Si se considera la diversidad de los tiempos y que la fidelidad de Penélope cuenta con el elogio de casi todos, mientras que las mujeres consagradas al culto de los dioses acaban de pasar un gran peligro; si a ello se añade que su perseverancia duró el doble de tiempo, ¿será posible todavía compararte dignamente con Penélope? No quites importancia a los méritos que alabó y por los que todos los dioses te recompensarán. En cuanto a nosotros, te

41. Nada sabemos de dicha Calixena, fuera de lo que la carta nos da a entender.

42. Sófocles, *Edipo Rey*, 614.

43. Pensaban los antiguos que la mandrágora producía la locura. También se la tenía por un afrodisíaco.

honraremos con un doble sacerdocio. Además del de la sacratísima Demeter, que de antes tenías, te confiamos el sacerdocio de la Gran Madre de los dioses, la diosa frigia, en la ciudad de Pesinunte, amada de los dioses.

11 (83, Bidez; 37, Wright)

*Juliano a Atarbio*⁴⁴

Por los dioses, yo no quiero que se mate a los galileos ni que se les golpee, ni que sufran ningún mal. Con todo, declaro que hay que honrar más que a ellos a los que temen a los dioses. Por culpa de la locura de los galileos poco ha faltado para que todo se hundiera, en tanto que gracias al favor de los dioses todos nos hemos salvado. Por lo tanto, es preciso honrarles a ellos y a los hombres y ciudades que los veneran.

12 (84, Bidez; 22, Wright)

*El Emperador Juliano a Arsacio,*⁴⁵
Sumo Sacerdote de Galacia

Si la religión helénica no hace los progresos que yo esperaba es por culpa de los que la profesamos. Pues la intervención de los dioses, por su brillo y magnitud, ha superado todas las plegarias, todas las esperanzas. ¡Que Adrastea⁴⁶ sea propicia a lo que diré, porque en tan poco tiempo nadie había nunca ni tan siquiera rogado por un cambio tan radical y completo! ¿Y qué? ¿Pensamos que con ello hay bastante? ¿No vemos que lo que más ha contribuido a desarrollar el ateísmo⁴⁷ ha sido su humanidad hacia los extranjeros, su cuidado por la tumbas de los muertos y una vida pretendidamente santa? Creo que es en eso en lo que debemos ocuparnos realmente. Y no basta con que lo hagas tú solo. Es preciso que todos los sacerdotes de la Galacia, todos sin excepción, hagan lo mismo. Para estimular su celo haz un llamamiento a su amor propio o a su razón; o exclúyelos de su sagrado ministerio si, en vez de rogar a los dioses con sus esposas, niños y servidores, toleran que sus siervos, sus hijos o sus esposas hagan caso omiso del culto a los dioses y prefieran el ateísmo a la religión. Luego aconseja a los sacerdotes que no frecuenten el teatro, que no beban en las tabernas, ni se pongan al frente de un oficio o trabajo vergonzoso y de mala fama. Honra a los que te obedezcan; destituye a los que no te hagan caso.

Abre en todas las ciudades numerosos albergues, para que los extranjeros puedan gozar de nuestra humanidad, no sólo los que son de los nuestros, sino también todos los demás, si andan faltos de dinero. Para conseguir los recursos necesarios he dictado hasta ahora las siguientes disposiciones: he ordenado que cada año toda la Galacia entregue treinta mil modios de trigo y sesenta mil sextarios de vino. De ello digo que hay que usar una quinta parte a favor

44. Probablemente se trata de un nativo de Ancira, administrador del distrito del Éufrates. En el año 364 ocupó un alto cargo en Macedonia.

46. La diosa "a la que nadie escapa". Es una variante de Némesis.

47. Cuando Juliano nos habla de "ateísmo" y de "ateos", se refiere al cristianismo y a los cristianos.

45. No se sabe nada más de este Arsacio.

de los pobres que están empleados en el servicio de los sacerdotes y el resto repartirlo entre los extranjeros y mendigos. Sería vergonzoso, cuando ni uno solo de los judíos mendiga, cuando los impíos galileos alimentan a los suyos, desde luego, y además a los nuestros, que se viera a los nuestros faltos de la ayuda que les debemos. Enseña a quienes profesan la religión griega a soportar su parte en estas cargas; exhorta a todos los pueblos helénicos a ofrecer a los dioses las primicias de sus frutos. Acostumbra a los helenos a los actos de beneficencia, enseñándoles que forman parte de nuestra tradición. Homero hace hablar a Eumeo de esta forma: "Extranjero, no me está permitido, ni aunque llegara alguien más miserable que tú, despreciar a un huésped: vienen de Zeus, todos los extranjeros y mendigos. Yo ofrezco poco, pero lo doy con todo mi corazón".⁴⁸

No dejemos a celosos imitadores el cuidado de continuar nuestras buenas obras; no deshonremos nuestra causa con nuestra indiferencia. No abandonemos nosotros mismos el culto a los dioses. Si me entero de que actúas según estos preceptos, me llenaré de alegría.

Visita poco las mansiones de los gobernadores, siempre que puedas comunicarte con ellos por carta. Que ningún sacerdote salga a su encuentro cuando entren en la ciudad, salvo cuando penetren en los templos de los dioses, y aún en este caso, sin pasar del vestíbulo. Que ningún soldado les preceda en el interior y que les sigan los que quieran. En el momento en que hayan pasado del umbral del recinto sagrado se convierten en simples particulares. Como sabes, eres tú quien manda en el interior, porque así lo exige la ley divina. Los que la obedecen dan pruebas de una piedad auténtica; los que se obstinan en su orgullo, son arrogantes y vanidosos.

Estoy dispuesto a ayudar a los de Pesinunte, si se propician a la Madre de los dioses. Si la negliges, no sólo se harán merecedores de reproches, sino que puede ser que —para evitar palabras duras— sepan de mi enemistad.

"No me está permitido dar buena acogida y piedad a los hombres que se apartan de los dioses inmortales."⁴⁹

Convénceles, pues, de que si suplican mi protección, deben dirigir todas sus peticiones a la Madre de los dioses.

13 (86, Bidez; 32, Wright)

A Teodora

He recibido el libro que me hiciste llegar a través de Migdonio y cuantas cartas de presentación me enviaste con ocasión de la fiesta. Todo lo enviado me ha causado placer, pero me ha agradado más que nada —sábelo bien— recibir de ti buenas nuevas sobre la excelente salud que tu cuerpo goza, gracias a los dioses, y enterarme de que te entregas a los asuntos de los dioses con mayor diligencia y energía cada día.

En cuanto a lo que has escrito del filósofo Máximo, imaginando que mi

48. *Odisea*, 14, 56 ss.

49. *Odisea*, 10, 73. Juliano —que cita de

memoria— altera un poco esta frase de Eolo a

Odiseo.

amigo Seleuco⁵⁰ te es hostil, puedes estar segura de que no ha hecho ni dicho nada en mi presencia que pueda perjudicarte. Al contrario, siempre que habla de ti lo hace favorablemente. No digo que se halle en buena disposición con respecto a ti, ya que esto sólo pueden saberlo los dioses que todo lo ven. Pero puedo afirmar sinceramente que, en mi presencia, se abstiene de toda maledicencia. Me parece que sería ridículo no tener en cuenta lo que hace y buscar sus intenciones ocultas, de las cuales no tengo ningún indicio evidente.

Pero como sea que le has atacado con mucho afán, revelando algunos detalles de tu propia situación al aclararme la causa de su enemistad, he aquí lo que te digo francamente: si favoreces a algún hombre o mujer, libre o esclavo, que no tribute honores a los dioses y que no puedas esperar convertir, te equivocas. Imagina que se tratara de ti misma: supón que uno de los servidores que tú aprecias se hiciera cómplice de los que te insultan y difaman y les tratara muy servicialmente, y, en cambio, tuviera odio, aversión y horror a nosotros, tus amigos: ¿no desearías su muerte, más aún, castigarlo con tu propia mano?⁵¹ ¿Y qué? ¿Son menos venerables los dioses que los amigos? Piénsalo así y ponte en su lugar, considerándolos a ellos los señores y a nosotros sus esclavos. Si alguno de nosotros, que nos decimos servidores de los dioses, sintiera aprecio hacia un esclavo lleno de horror hacia ellos y de aborrecimiento hacia su culto, ¿acaso no debería convertirlo y conservarlo, o, de lo contrario, echarlo de su casa o venderlo, si no puede perder así como así a un esclavo? Yo no quiero que me amen los que no aman a los dioses, y digo que tú y cuantos pretenden llevar una vida sacerdotal debierais tener en cuenta estas reflexiones y dedicaros con más ardor a vuestro divino ministerio. Es lógico que cada sacerdote se muestre celoso de la piedad en su propia casa y que pueda dar pruebas de que es la primera en estar limpia de infecciones tan graves.

14 (87, Bidez; 34, Wright)

*A una sacerdotisa*⁵²

He recibido los mensajes en los que tu sabiduría nos muestra los bienes y favores que nos han prometido y destinado los dioses. Tras dar las gracias fervorosamente a las divinidades celestes, es a tu magnanimidad que he de estar reconocido en segundo lugar, por tu celo extraordinario a la hora de implorar a los dioses para nosotros y por tu prisa en revelarnos cuanto antes los signos favorables que de ellos has obtenido.

50. Seleuco de Cilicia. Era un amigo del Emperador y le acompañó en la campaña de Persia.

51. Aquí se nota un eco de Platón, *Eutífrón*, 13 D.

52. No se conserva el encabezamiento de esta carta. Parece ser que iba dirigida a una sacerdotisa que Wright cree identificar con Teodora.

15 (89, Bidez; 20, Wright)

*Juliano (César) al Sumo Sacerdote Teodoro*⁵³

Te he escrito una carta menos oficial que a los demás porque, al menos en mi opinión, tienes mayor afecto hacia mí que los otros. No es poco lo que para nosotros significa el haber tenido un guía común,⁵⁴ y estoy seguro de que te acuerdas de él. Hace tiempo, cuando todavía vivía yo en Occidente, supe que él te tenía en el más alto concepto y te consideré como un amigo. Sin embargo, mi excesiva prudencia me ha acostumbrado a que tenga que parecerme bien aquello de que: "No lo he encontrado ni lo he visto",⁵⁵ y he de considerar que la base de la amistad es conocerse, pero nadie conoce a otro sin haberlo tratado. Y al mismo tiempo tenía yo mucho respeto, como es lógico, por la frase: "El Maestro lo ha dicho".⁵⁶ Por tanto, ya que entonces creía haber de colocarte entre el número de mis íntimos, quiero ahora confiarte una misión que me es muy querida y que ha de beneficiar muchísimo a todos los hombres en todas partes. Y si, según razonablemente espero, la llevas bien a cabo, sabe que me proporcionarás de momento una gran felicidad y todavía mayores esperanzas para el futuro. Pues no somos de los que creen que las almas mueren antes que el cuerpo o al mismo tiempo que él. En esta cuestión no nos dejamos convencer por los hombres, sino sólo por los dioses, que, como es natural, son los únicos que saben lo que ocurre, si hay que llamar natural a lo necesario. En estos asuntos los hombres sólo pueden conjeturar y los dioses fuerza es que tengan de ellos un conocimiento perfecto.

¿Cuál es, pues, la misión que declaro confiarte ahora? Es la dirección de todos los sacerdotes de cada ciudad y el encargo de asignar a cada uno lo que le convenga. Un jefe debe tener como primera cualidad la equidad, luego la bondad y la humanidad hacia los que son dignos de ellas. En cuanto a los que se muestran injustos para con todos, o hay que usar de un lenguaje abierto para enseñarles o de severidad para castigarlos.

Dentro de poco y al mismo tiempo que a los demás te haré saber el conjunto de medidas que hay que tomar respecto a los sacerdotes sin distinción. Pero entretanto te quiero sugerir algunas reflexiones. Harás bien haciéndome caso en estas cuestiones. Todos los dioses son testigos de que no improviso. Si alguien hay prudente, éste soy yo, que huyo de las improvisaciones, por así decirlo, y especialmente en lo tocante a los dioses, porque pienso que hay que atenerse a las leyes que nuestros antepasados recibieron desde el principio y que constituyen evidentemente un regalo de los dioses. Porque no serían tan buenas si sólo fuesen la obra de los hombres. Pero como sea que estas leyes

53. Aunque este Teodoro es nombrado Sumo Sacerdote de todos los templos asiáticos, ello no implica que fuera ya sacerdote. Este cargo se atribuía con frecuencia a laicos ricos y nobles. Probablemente era un filósofo neoplatónico de la escuela siria. Juliano le escribe con gran deferencia, pero sin olvidar que —como Emperador

que es— es *Pontifex Maximus* y tiene el deber de instruir a sus subordinados.

54. Máximo de Efeso, que había iniciado a Juliano y probablemente a Teodoro en los misterios de Mitra.

55. *Ilíada*, 4, 374; *Odisea*, 4, 200.

56. Esta cita es una frase atribuida a Pitágoras: Ἀπὸ τοῦ ἔφα. (*Ipse dixit.*).

se han llegado a negligir y alterar, vencidos los hombres por la riqueza y la molicie, es preciso, pienso yo, poner manos a la obra volviendo a los orígenes.

Viendo la gran indiferencia que mostramos para con los dioses, viendo la piedad hacia los poderes superiores⁵⁷ completamente expulsada por una molicie impura y vulgar, no ceso desde hace tiempo de deplorar nuestra situación. Los adeptos a la religión de los judíos llevan su fervor hasta querer morir por ella, hasta soportar la privación de todo y el hambre con tal de no probar la carne de cerdo o de un animal que no haya sido desangrado,⁵⁸ y nosotros, en cambio, a tal punto llega nuestra negligencia para con los dioses que olvidamos las tradiciones de nuestros padres e incluso ignoramos que se haya establecido jamás regla alguna. Es cierto que esta gente es religiosa en un sentido, porque el Dios que reverencian es realmente el Dios todopoderoso y bondadosísimo que gobierna el mundo sensible y que nosotros mismos veneramos, lo sé, bajo otro nombre. También me parece lógico que permanezcan fieles a sus leyes. Su único error es que al tratar de satisfacer a su Dios por encima de todo, no sirven al mismo tiempo a los demás. Piensan que éstos últimos sólo nos pertenecen a nosotros los gentiles, ¡a tal aberración los lleva su bárbara jactancia! En cuanto a esos impíos llegados de Galilea, como una enfermedad que infecta la vida...

16 (109, Bidez; 49, Wright)

Juliano a Ecdicio, Prefecto de Egipto

Si hay algo de lo que valga la pena ocuparse, es del sagrado arte de la música. Escoge, pues, de entre el pueblo de Alejandría a cien jóvenes de buena familia, y asignales a cada uno, una vez al mes, dos artabes de trigo y otro de aceite y de vino. Que sean vestidos a costa del tesoro. De momento, que sólo se tenga en cuenta su voz; y si algunos llegan a elevarse a la culminación de la ciencia musical, sepan que están preparadas grandes recompensas a sus esfuerzos, y no sólo de nuestra parte. Porque, prescindiendo de nosotros, conseguirán purificar sus almas mediante la divina música, puesto que es preciso creer en las teorías acertadas de los antiguos en esta materia. Esto es cuanto tengo que decir por lo que hace referencia a estos jóvenes. En cuanto a los actuales alumnos del músico Dioscoro, haz que se entreguen a su arte con mayor voluntad, ya que nosotros estamos dispuestos a ayudarles en cuanto deseen.



57. Otro indicio claro de pitagorismo lo constituye el hecho de que se refiera a los dioses usando el término οἱ κρείττονας (*los superiores, los mejores, los más poderosos*), que usa, probablemente hacia esta misma época, Heliodoro.

58. También la abstinencia pitagórica fue muy famosa en la antigüedad. La comedia (Alexis y otros) la ridiculizó más de una vez.